

# Cuba para europeos

CARLOS ALBERTO MONTANER \*

**E**L 1.º de enero de 1989 se cumplieron treinta años de la huida de Batista y de sus más íntimos colaboradores. El 8 de enero de 1959, a bordo de un tanque de guerra, hizo Fidel Castro su entrada triunfal en La Habana. Tenía entonces 32 años. Era joven, apuesto, y contaba con el prestigio de haber derrotado militarmente a un dictador impopular.

Como era de esperar, el pueblo de Cuba se volcó a las calles lleno de entusiasmo. Había triunfado un hombre que prometía convertir los cuarteles en escuelas, restablecer las libertades civiles y políticas, y celebrar elecciones democráticas a corto plazo. El programa de su Movimiento 26 de Julio proyectaba la imagen de un líder nacionalista que proponía una reforma agraria moderada, honradez en la administración de los caudales públicos, una política de industrialización que liquidara la dependencia del monocultivo azucarero, y otra media docena de medidas pertenecientes al tradicional inventario de remedios sociales y económicos con que los latinoamericanos solían entonces intentar la solución de sus males seculares.

## **LA REACCIÓN EUROPEA**

Naturalmente, la anécdota cubana de 1959 no resultó inadvertida para Europa. Las barbas de Castro y de sus seguidores eran demasiado fotogénicas para ignorarlas. Esta vez Robin Hood había atacado y triunfado en los bosques caribeños. Desde 1910, cuando los mexicanos hicieron su revolución con el pecho cruzado por las cananas y al son de los mariachis, no había habido otro episodio político más pintoresco.

Sin embargo, la curiosidad europea no pasó de alguna expedición de *turismo revolucionario* realizada por Sartre y Simone de Beauvoir a principios de los años sesenta, y de unos cuantos reportajes ilustrados, muy elementales, dirigidos al público que no sabía muy bien dónde quedaba Cuba, cuál era la historia de ese país remoto, y en qué consistía la revolución que Castro acababa de emprender tras el triunfo de la insurrección.

Asimismo, ese limitado interés de los europeos por los asuntos cubanos en modo alguno era un fenómeno circunscrito a las masas. En aquel entonces las Cancillerías de Europa occidental tampoco tenían una política latinoamericana. En 1959 las grandes y medianas potencias, y sus respectivos aliados, suponían que América Latina era una responsabilidad o un *asunto* del Departamento de Estado norteamericano.

La vieja Doctrina Monroe del siglo anterior ya era parte de la percepción europea de las cuestiones internacionales. América era para los americanos, sobrentendiéndose que esta frase siempre se

\* La Habana, 1943.

refería a los estadounidenses. Y la última vez que una nación del viejo continente había osado poner en tela de juicio la doctrina de Monroe, había sido en 1902, cuando Inglaterra trató de intervenir en Venezuela, y los Estados Unidos amenazaron con represalias militares si esto ocurría.

A partir de entonces, y con fuerza creciente tras la guerra del 98 entre Estados Unidos y España, y tras la primera y segunda guerras mundiales, América Latina pasó a ser el primer círculo de la indisputable zona de influencia norteamericana. En las primeras décadas de siglo, a ningún país europeo se le hubiera ocurrido protestar porque el ejército norteamericano irrumpiese en México en persecución de Pancho Villa, o que en 1954 la CÍA organizara un complot para sacar del poder al coronel Jacobo Arbenz, un militar guatemalteco que había caído bajo la influencia del marxismo y comenzaba a armar a sus partidarios con equipos venidos del bloque del Este.

Incluso la URSS suscribía entonces el mismo fatalismo geográfico, pero lo enunciaba con la jerga de la secta: mientras el poder imperial norteamericano existiera en ese hemisferio, era imposible que se crearan las condiciones para revoluciones marxistas. Cuando Washington cayera, caerían detrás las repúblicas latinoamericanas.

Evidentemente, esta actitud de Europa con relación a América Latina está cambiando. En la medida en que disminuye el poder hegemónico de Estados Unidos en Occidente, y en la medida en que aparecen y se consolidan otros polos de influencia planetaria —la CEE, Japón—, surge entre las naciones desarrolladas la necesidad de formular una política exterior en consonancia con el nuevo peso específico que se posee. No en balde el primer exportador del mundo desde 1987 no es Estados Unidos, sino Alemania, y no por gusto del mercado mayor y más próspero de la tierra, no es ya el norteamericano, sino la Comunidad Económica Europea.

Esto explica, por ejemplo, que el presidente Mitterrand, en su primer período, formulara una *política salvadoreña* conjuntamente con México, o que el debate nicaragüense —y toda la crisis centroamericana— en alguna medida forme parte de la problemática con que tienen que enfrentarse las cancillerías europeas.

No hay espectáculo más frecuente que el recorrido por las capitales europeas de «contras» o de altos funcionarios nicaragüenses que realizan sus tareas de cabildeo, convencidos de que el destino del sandinismo *también* se juega en Madrid, París o Bonn. Y ese ejemplo es ampliable a El Salvador y hasta al mismo Panamá, cuando se sabe que Noriega se cree obligado a invertir grandes sumas de dinero en relaciones públicas destinadas a la casi imposible labor de mejorar su imagen pública europea.

De manera que para Europa comienza a ser inevitable asumir de una forma coherente la responsabilidad diplomática y política que significa América Latina, y en especial Cuba, su punto más neurálgico y difícil.

Pero sería una imperdonable irresponsabilidad continuar actuando en relación a Cuba sin antes haber formulado una *política cubana*, producto de serias reflexiones, y sin concretar una clara

**LOS  
NUEVOS  
PODERES**

**QUÉ ES CUBA.  
LA  
ECONOMÍA**

percepción de quién es Castro, qué se propone, y cómo sus acciones pueden repercutir en el ámbito europeo. Si se va a actuar en la arena internacional en un tema específico, lo menos que puede exigírsele a una nación o a un grupo de naciones maduras, es que definan sus intereses y objetivos, y luego desarrollen una estrategia para alcanzarlos. Todo lo que se haga fuera de ese imprescindible y previo marco teórico, no sería otra cosa que improvisación y *amateurismo*. Pura diplomacia tercermundista.

Obviamente esto nos precipita a una rápida descripción de los detalles básicos que pueden interesar para la formulación de una política cubana en Europa.

En primer término, habría que describir el potencial económico de la Isla: a grandes rasgos, se trata de un país empobrecido y endeudado, que apenas cuenta con posibilidades de escapar de esta situación.

Es imposible precisar con exactitud la renta per capita —entre 1.200 y 2.000 dólares anuales, de acuerdo con la fuente que se consulte—, pero otros indicadores más viables arrojan pautas más precisas para conocer la situación del país. Por ejemplo, hace 28 años que en ese país existe libreta de racionamiento. En el mercado negro se paga por el dólar seis veces el valor oficial. Las deudas con Occidente ascienden a unos 6.000 millones de dólares y La Habana no tiene cómo hacerles frente. Las deudas con los países comunistas —principalmente con la URSS— son del orden de los 20.000 a 30.000 millones de dólares y no hay la menor posibilidad de pagarlas.

El país necesita adquirir de las economías capitalistas una cantidad de insumos por valor anual de 1.500 millones de dólares, para mantener la producción a un nivel estable, pero sólo cuenta con unos 600 millones en divisas al precio actual de las mercancías que posee para exportación, lo que inevitablemente hunde la economía cubana, año tras año.

Sencillamente, Cuba, con su torpe modelo de producción, es una nación arruinada que subsiste gracias al subsidio de Moscú. Como mercado, carece de importancia, y los créditos que se le concedan, difícilmente será recuperados. Como suministradores, es muy poco lo que pueda vender, y no suele ser confiable ni por la calidad de sus productos ni en los plazos de entrega, como han comprobado hasta la saciedad los españoles, sus principales socios comerciales en Occidente. De manera que el aspecto económico de las relaciones con La Habana es prácticamente descartable a la hora de delinear una política cubana en las capitales europeas.

**EL APARATO  
MILITAR**

Sin embargo, ese lamentable cuadro económico no se corresponde con el aparato militar con que cuenta el país. Cuba tiene una de las mayores fuerzas militares del mundo en relación con su población. Con apenas diez millones de habitantes, en una isla de 114.524 kilómetros cuadrados, las fuerzas armadas y las reservas suman 343.350 militares. Pero si a este enorme contingente —diez veces mayor al que tenía Batista cuando había guerra en la isla— se le suman las fuerzas paramilitares, incluidas las 1.300.000 personas encuadradas en Tropas de Milicias Territoria-

les, alcanzaremos un número cercano a los dos millones de seres sometidos a distintos grados de disciplina militar, o lo que es lo mismo, el veinte por ciento de la población cubana.

Se podría argumentar que un aparato militar de estas dimensiones se justifica por la amenaza cercana de Estados Unidos, pero lo cierto y verificable no es que Washington pretenda invadir a Cuba —algo bastante improbable tras la Crisis de los Misiles de 1962 y los subsiguientes pactos con la URSS—, sino que es el gobierno de Castro quien posee una agresiva política militar en el mundo. En Angola hay cincuenta y cinco mil soldados cubanos que sostienen al régimen marxista de Luanda, y que ahora comienzan a evacuar el país. En Etiopía, entre cinco y siete mil. Tres mil en Nicaragua y otros cinco mil dispersos en una docena de países. Incluso en 1975 Cuba demostró que en pocas semanas podía trasladar a África un ejército moderno y operar con relativa eficacia, hazaña logística que no está al alcance de muchos países del mundo.

Es tal la fuerza militar de Cuba, que el almirante W. McDonald, comandante en jefe de la flota del Atlántico, observó en la revista *Jane's Defense Weekly*, de 22 de diciembre de 1984, lo siguiente: «Cuba posee una consideración muy significativa en los planes norteamericanos de contingencia, y el carácter impredecible de las intenciones de Castro complica severamente el problema... Creo que Estados Unidos debe tener a la Alianza Atlántica totalmente informada del impacto potencial que Cuba puede imponer en nuestra alianza estratégica.»

Obviamente, esa preocupación de Estados Unidos por el enemigo instalado a pocos kilómetros de las costas floridananas se traduce en barcos, aviones y cuantiosos recursos dedicados a anular a ese adversario en caso de un conflicto armado. Al fin y al cabo, Moscú cuenta en la isla cubana con 2.500 asesores militares e instructores, una brigada de combate con 2.800 hombres y más de 2.000 especialistas en comunicaciones y espionaje, que mantienen en operaciones la estación de escucha «Lourdes» en las inmediaciones de La Habana. Y como se ha denunciado en la prensa, los soviéticos hacen desde Cuba largos vuelos de reconocimiento sobre objetivos navales norteamericanos, despegando desde la base de San Antonio de los Baños, mientras los submarinos de la flota de la Unión Soviética suelen repostar en la base de Cienfuegos, en el sur de la isla.

Por otra parte, para nadie es un secreto que la muy extensa red de la Dirección General de Inteligencia de Cuba —uno de los cinco cuerpos de espionaje y contraespionaje más grandes del mundo— funcionaba bajo la supervisión de la KGB, y suele realizar las tareas de Moscú ahí donde a los rusos les es más difícil moverse con soltura. Por ejemplo, en América Latina o en el sur de Europa, donde los cubanos son siempre menos llamativos que los soviéticos.

No obstante la descripción anterior, prevalece en Europa la tendencia a suponer que la hostilidad de Castro está exclusivamente orientada contra Estados Unidos y no contra otras naciones de Occidente. E incluso se suele pensar que esa batalla de Castro es

**HACER LA  
REVOLUCIÓN**

la respuesta del líder cubano a las agresiones de Washington y a la incompreensión de los Estados Unidos con la revolución cubana.

Por supuesto, nada más lejos de la verdad. Castro no sólo está en pie de guerra contra los Estados Unidos, sino contra cualquier país de Occidente en el que se den las condiciones para la subversión comunista. Castro ha enviado guerrillas a Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, República Dominicana, Argentina, Bolivia, El Salvador, Nicaragua y Guatemala. En 1963 creó la Tricontinental y estableció nexos con terroristas de todo el mundo, incluyendo alemanes, italianos, irlandeses y vascos. Ha adiestrado terroristas y guerrilleros de docenas de países y de todas las regiones del planeta. Se ha enfrentado a los intereses europeos en diversas oportunidades: en 1960 con su apoyo a Argelia frente a Francia; a Guinea-Bissau, Mozambique y Angola frente a Portugal; a los congoleños frente a los belgas. Y si en 1982 no consiguió combatir contra los ingleses durante la guerra de las Malvinas, fue porque los argentinos rechazaron la ayuda militar que diligentemente Castro les ofreció.

Y es que ocurre que para Castro la lucha *internacionalista* no es una penosa servidumbre impuesta por la solidaridad socialista, sino el *leit motiv* de su gobierno y la principal actividad del régimen, al extremo de que tales objetivos aparecen inscritos en la Constitución de 1976.

De ahí que las tropas cubanas hayan servido para combatir a Marruecos en la Guerra del Desierto a principios de los sesenta, a Israel en las alturas del Golán durante la guerra de 1973, en Zanzíbar para dar un golpe militar, en Yemen del Sur y el Congo francés para impedirlos, en la Guinea española para tratar de salvar al enloquecido dictador Macías de la furia de su pueblo, y en 1977 para derrotar al ejército somalí y salvar la dictadura etíope del coronel Mengistu.

Ningún conflicto le es ajeno a Castro si, cree que puede sacar algún provecho para la causa antioccidental. Le resulta exactamente igual enfrentarse a un «corrompido poder colonial», como el Portugal de Salazar, que a una democracia inocente de cualquier pecado imperialista, como pueden ser los casos de Venezuela, Colombia, o su odiada Costa Rica. Si surge una oportunidad *revolucionaria* Castro va a aprovecharla, porque para eso no se cansa de repetir desde hace 30 años que «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución».

## **EL MODELO CUBANO**

Por supuesto, definir cuál revolución es ya un poco más escabroso, porque el socialismo actual se excinde en diversas corrientes. Los modelos chino, húngaro, polaco, e incluso ruso, comenzaban a diferir del rumano, del alemán y del checo posterior al '68. Hay diferencias no sólo en cuanto al régimen de posesión de los bienes de producción, sino también en cuanto a los objetivos políticos internacionales.

Es posible que Gorbachov haya declarado implícitamente una moratoria a los planes de conquista planetaria que desde siempre proclamó, la URSS. Antes que hacer la revolución hay que poner la casa en orden. Algo parecido ocurrió en China tras la muerte de Mao. Con la desaparición del líder chino y las reformas emprendí-

das por sus sucesores se ha debilitado notablemente la voluntad imperial de comunismo chino.

Pero en Cuba no ha ocurrido así. Castro pertenece a la estirpe de los ortodoxos stalinistas. Mientras Gorbachov pone en marcha su *perestroika*, Castro ha emprendido la *rectificación*, que es, precisamente, un movimiento *antiperestroika*: más centralización, más controles económicos, más represión política, menos iniciativa privada, más voluntarismo ideológico. Es decir, la antítesis, exactamente, del movimiento de reformas que hoy provoca no pocas esperanzas en toda Europa occidental.

Este panorama cubano, por supuesto, está incompleto. Los defensores de la revolución no vacilarían en observar que faltan referencias a las escuelas llenas de estudiantes, los hospitales llenos de enfermos, y los atletas llenos de medallas; pero suponiendo que todo eso fuera así, habría que advertir que el objeto de estos papeles no es pasar un juicio de valor sobre las virtudes o defectos de la revolución cubana, sino establecer un marco lógico para la formulación de una percepción europea de los asuntos cubanos, con el objeto de definir el tipo de relación que es deseable y conveniente mantener con el gobierno de Fidel Castro. Y he aquí, sucintamente, las premisas y recomendaciones más lógicas y urgentes:

#### **Premisas**

A) Es necesario, para la diplomacia europea, precisar una política cubana. Cuba es un factor internacional con presencia notable en África y Centroamérica. No se puede ignorar a un estado que cuenta con uno de los ejércitos más grandes y agresivos del planeta.

B) Cuba es *objetivamente* un país enemigo de Europa occidental. Su territorio sirve como base militar para la URSS, su servicio de inteligencia está subordinado a la KGB, su aparato subversivo no vacila en vincularse a terroristas del mundo entero, incluidos los europeos. El hecho de que esté lejos de Europa no lo convierte en neutral o en aliado.

C) Castro no se oculta para proclamar su enemistad hacia Europa. Cuando en España se discutía la incorporación de ese país a la Comunidad Económica Europea y a la OTAN, en repetidas ocasiones el presidente cubano pidió a los españoles que no se adhirieran a ninguno de los dos organismos.

D) Es ingenuo pensar que la hostilidad entre Estados Unidos y Cuba no tiene consecuencias para Europa. Los recursos que Washington dedica a contrarrestar un posible ataque de las fuerzas soviético-cubanas apostadas en la isla (en caso de un conflicto mundial) son recursos que detrae de la defensa de Europa. Esa amenaza sobre el flanco sur de Estados Unidos es también una amenaza a todo el mecanismo de defensa de la Alianza Atlántica.

E) Para los intereses europeos sería conveniente que Cuba dejara de ser un aliado militar de la URSS y que abandonara su activa militancia internacionalista. Pero si esos objetivos no se logran y Cuba persiste en su aventurismo, mientras más débil sea su economía y más problemas internos tenga el castrismo, contará

**QUÉ DEBE  
HACER EUROPA**

con menos capacidad de desestabilización. A mediados de la década de los setenta, cuando el azúcar alcanzó el precio más alto y Washington ensayó gestos amistosos, Castro lanzó sus soldados, primero sobre Angola y luego sobre Etiopía. Por el contrario, durante los gobiernos amenazantes de Reagan y en medio de una aguda y creciente crisis económica interna, el comportamiento internacional de Castro ha sido mucho más moderado. Es una superstición creer que el enemigo es menos peligroso cuando es más fuerte y está más seguro de sí.

F) En el momento en que en el mundo socialista se debaten las reformas que propone Gorbachov y los países de ese campo se dividen en dos bandos, sería un inmenso error mostrar algún tipo de respaldo o trato de favor por el más ortodoxo y rígido de los satélites comunistas. Eso sería, como dicen en inglés, *enviar la señal equivocada*.

### **Recomendaciones**

*Primero:* Tómese conciencia de que el gobierno cubano es un enemigo de los valores que Occidente defiende y el más agresivo de los aliados de Moscú. En consecuencia, trátase el tema cubano dentro de la Alianza Atlántica. Cuba no es miembro del Pacto de Varsovia, pero sus vinculaciones con la URSS convierten a la isla en parte de la maquinaria militar soviética.

*Segundo:* Exíjase a Cuba una presencia diplomática en Europa occidental acorde con los escasos negocios que realiza. Cuba tiene en París y en Madrid un trasiego «diplomático» de gran potencia tras el cual esconde diversas actividades encubiertas encaminadas al logro de sus objetivos políticos e ideológicos. Esas representaciones diplomáticas cubanas no deben ser mayores que la capacidad de contraespionaje del país anfitrión. Asimismo deben regirse por el principio de reciprocidad. No es sensato que el personal cubano en Madrid o París alcance a varias docenas de personas, mientras que estos dos países apenas cuentan con unos pocos diplomáticos en Cuba.

*Tercero:* Niegúesele a Cuba todo trato económico de favor. La Europa próspera no está obligada a socorrer a sus enemigos ni a quienes insisten tozudamente en repetir desacreditados disparates económicos. Si se busca respaldar la corriente reformista dentro del bloque comunista, es un contrasentido ayudar a Castro. Castro es la ortodoxia stalinista. Hágasele saber a Castro que la ayuda que pide, o los créditos que solicita, se reservan para cuando desmilitarice la sociedad cubana, y emprenda la senda racional de la reforma económica. No se trata de declarar un embargo, sino de no primar el error y la agresividad.

*Cuarto:* Que gobernante alguno visite La Habana en viaje oficial, ni se invite a Castro a visitar oficialmente ninguna capital de Europa occidental. Castro no lo ha hecho en sus treinta años de gobierno y no conviene que lo haga ahora que encarna el peor rostro del socialismo. Que pague con su aislamiento su rechazo a la *perestroika*. Por otra parte, ese aislamiento diplomático de Castro ha sido una de las constantes de la política norteamericana en respuesta a la hostilidad de Cuba, y no tiene sentido crear friccio-

nes con el más importante aliado de Europa para favorecer a un adversario.

*Quinto:* Denúnciese sin temor en los organismos internacionales las violaciones de los Derechos Humanos que cometa el gobierno cubano, o las injerencias que realiza en los asuntos de otros países. Si se suele hacer con los gobiernos de Chile o Sudáfrica no hay razón alguna para callar lo que ocurre en Cuba. Es mediante la denuncia y no mediante el silencio que se consigue que los gobiernos totalitarios alivien la presión sobre sus víctimas.

Por último, para las cancillerías de Europa occidental es también razonable comenzar a pensar en la etapa del poscastrismo como parte de la política cubana. Castro tiene sesenta y dos años y su régimen está en declive. Todos los factores están en su contra: la fatiga y el desgaste después de tres décadas de fracasos económicos y trece años de guerras africanas. El conflicto ideológico con el gobierno que le auxilia con miles de millones de dólares todos los años. La reelección de los republicanos en la Casa Blanca. Las deserciones constantes de miembros de la *nomenklatura*: generales, viceministros, espías, funcionarios de todo tipo. La pérdida de prestigio entre los intelectuales. El desencanto creciente de una juventud que no ve a Castro como un héroe romántico, sino como un viejo intolerante y arbitrario. El precio constantemente bajo del azúcar. En suma: una situación sin salida ni esperanza condenada a agravarse día a día hasta que la crisis provoque una violenta sacudida. Y eso debe ocurrir antes de cinco años.